

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

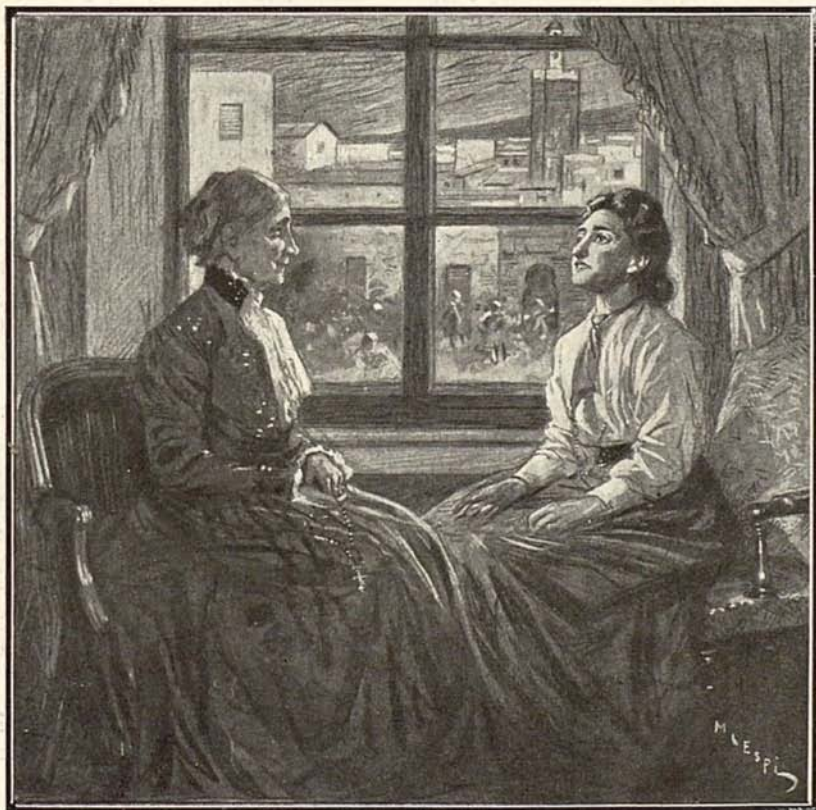


NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO III

MADRID, 26 DE JULIO DE 1908

NÚMERO 30



EL REGALO DE BODA

En una espaciosa habitación, bonitamente amueblada, estaban sentadas dos señoras al lado de una ventana, desde la que no se veía más que la blanca fachada de una casa, y no se oía más que el monótono ruido producido por la lluvia al caer sobre las puntiagudas piedras de la calle.

Una de ellas era viejecita; su pelo blanco, sencillamente peinado,

servía de marco á un rostro en el que se conservaban rasgos de una pasada belleza; sus ojos grises revelaban un carácter enérgico, un corazón recto y bondadoso y una perfecta sumisión á la voluntad de Dios. Tenía la cabeza inclinada y pasaba lentamente con los dedos las cuentas de un rosario.

La otra era muy joven y bonita; blanca, rubia, de ojos azules, nariz ligeramente aguileña y una boca preciosa que encerraba unos dientes como perlas. Con la cabeza apoyada en la madera de la ventana y las manos cruzadas sobre sus rodillas, contemplaba un pedacito de cielo que veía á través de los cristales. La tarde poco apacible no parecía á propósito para inspirar sueños de color de rosa, y sin embargo, su mirar dulce y sereno declaraban que sus pensamientos no eran tristes. Con voz clara y bien timbrada cortó el silencio que reinaba en el cuarto, diciendo alegremente, á la vez que cogía las manos de la anciana mirándola con cariño:

—Abuela, ¿á que no aciertas en lo que estoy pensando?

Antes de saber la contestación de la que acabamos de oír llamar abuela, creo un deber presentarla á mis lectores, puesto que no es correcto escuchar á quien no se conoce.

Retrocederemos diez años. Una mañana espléndida del mes de Mayo, en que lucía el sol sobre un cielo azul, sin la más ligera nube, desembarcaron en el muelle de Tánger un matrimonio de alguna edad, un criado y una doncella. Eran el bizarro general Queipo y su mujer, que hacía un viaje por Marruecos para estudiar las costumbres de los moros. Pensaban visitar todos los pueblos de la costa é internarse en Fez; pero en aquella ocasión, como en otras muchas, Dios dispuso las cosas de otra manera, y el pobre general murió de repente al llegar al hotel. La señora de Queipo decidió no separarse del sitio donde descansaban los restos del que en vida fué marido ejemplar, y se instaló en Tánger con sus fieles servidorés José y Carolina. A los dos años la generala sufrió una nueva y dolorosa pérdida. Murió su único hijo, dejando huérfana á Isabel, preciosa niña de nueve años, que fué el consuelo de su abuela y el encanto de todos los que la rodeaban.

Han pasado diez años cuando encontramos á nieta y abuela instaladas en uno de esos caserones enormes, muy feos por fuera como casi todas las casas de Tánger, pero muy confortables en el interior.

El espacioso portal con sus característicos bancos de madera, y el hermoso patio, cubierto de cristales, con sus esbeltas columnas y adornado con palmeras y naranjos, hacen pensar en las mujeres de ojos negros, envueltas en ricas telas bordadas é indolentemente recostadas sobre colchonetas de damasco; pero penetrando en todas las habitaciones de la casa, se pierde la idea de lo oriental para admirar los más elegantes detalles de buen gusto que pueden encontrarse en las casas de las principales capitales de Europa.

Ahora volvamos al lado de la ventana, y escuchemos la contestación que la señora de Queipo dió á Isabel.

—¡Cualquiera es capaz de saber lo que piensa esa cabecita sin juicio!

—Pues te lo voy á decir, y verás cómo no es una tontería. Quisiera hacer un regalo á Rafael que no fuese vulgar, algo exclusivamente mío, algo que hiciera yo para solemnizar nuestra boda. ¿Comprendes?

—Sí; pinta un biombo ó...

—No, no es eso; yo quiero hacer algo más grande; quisiera...

El ruido de una cosa que al caer tropezó contra la puerta de la calle, seguido de un gemido lastimero, cortó el diálogo. Abuela y nieta se interrogaron con la mirada, y corrieron hacia el portal.

Isabel levantó el pestillo y miró por la rendija de la puerta. Vió algo que la hizo retroceder asustada. Entonces se acercó su abuela, y, en vez de retroceder como ella, abrió por completo.

Tendido en el suelo vió á un moro viejo, con la cabeza ensangrentada y los brazos y las piernas cubiertos de úlceras. A su lado estaba un niño que á lo sumo tendría diez años; con su chilaba trataba de cubrir el cuerpo del herido para librarle de la lluvia, que caía á torrentes, dirigiendo al mismo tiempo palabras entrecortadas por la rabia á un grupo de hebreos que, desde el dintel de una puerta, le miraban y se reían.

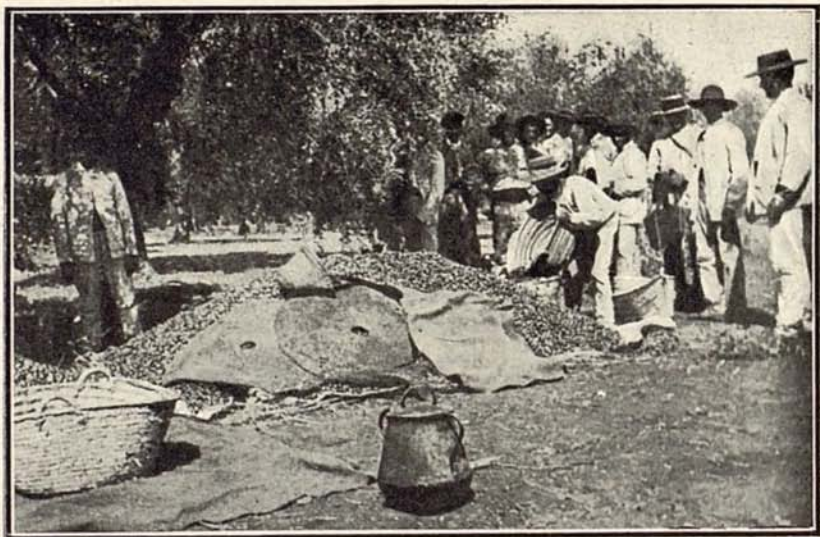
La señora de Queipo llamó á José para que, ayudado por Carolina, entrase al moro y le colocase sobre un colchón.

El morito, un poco receloso al principio, se opuso á que cogiesen á su padre, hasta que las frases cariñosas de la generala le tranquilizaron y consintió que los criados le levantasen para entrarle en la casa. Él pasó detrás; pero antes de cerrar la puerta envolvió en una mirada de triunfo al grupo formado por los hebreos, que, asombrados del valor de las españolas, como llamaban á las señoras de Queipo, habían cesado de reír.

Continuará.



Ayuntamiento de Madrid



EL ACEITE

Por regla general se llama aceite á todo cuerpo graso y, especialmente, á aquellos que se presentan del estado líquido á la temperatura ordinaria; sin embargo, al hablar de aceite se entiende siempre el cuerpo graso que se extrae de la aceituna. De éste nos ocuparemos por ser el que se usa más y el más conocido.

La aceituna es el fruto que produce el árbol llamado olivo. Cuando aquel ha madurado bien, es decir, en el mes de Octubre, se recoge por cualquiera de los medios en uso, siendo el más frecuente el del *vareo*, que consiste en apalear los árboles con largas varas para que caiga al suelo la aceituna. No hay para qué decir que este sistema, aunque más rápido, tiene el inconveniente de estropear el árbol y el fruto. También se emplea el sistema de recoger la aceituna á medida que va cayendo al suelo, ayudando la caída con un ligero vareo; pero esto hace que el fruto esté demasiado tiempo en el árbol. El procedimiento más práctico consiste en colocar alrededor de los olivos redondeles de estera de palma ó de lienzo, para que sobre ellos caigan las aceitunas, y en que los operarios suban á los árboles con ayuda de escaleras y cojan el fruto sin necesidad de vareo.

Las aceitunas, una vez recogidas, se llevan á los trojes, que son los lugares cubiertos en donde se apilan en montones, en espera de que se lleven al molino. Debe procurarse no tener mucho tiempo en los trojes el fruto para evitar que fermente. Las aceitunas así apiladas sueltan un líquido acuoso que se llama *alpechín*.

La molienda tiene por objeto triturarlas hasta que queden reducidas á pasta más ó menos fina, á la cual se llama *orujo*. Los molinos que

para esta operación se usan son de diversas clases: desde el antiguo movido á brazo, á los más modernos que las caballerías ponen en movimiento, ó los modernísimos accionados por el agua, el vapor ó la electricidad. Una nueva muela del sistema antiguo, movida por caballerías, tritura 200 kilos de aceituna en una hora, mientras que otra accionada por vapor, desmenuza 800 kilos en el mismo tiempo.

Hecha pasta la aceituna, hay que prensarla para que de ella se desprenda el aceite; la masa que queda después se parte á fuerza de golpes, y echando en ella un poco de agua hirviendo, se vuelve á prensar. De este segundo prensado se obtiene otra cantidad de aceite mezclado con agua sucia, de la que hay que separarlo luego. El aceite de primera calidad es el que resulta del primer prensado.

Como de estas operaciones sale mezclado con substancias vegetales que lo enturbian, es necesario clarificarlo, bien dejándolo reposar ó bien filtrándolo.

Para que repose es conveniente ponerlo en local cuya temperatura sea de 25 á 30 grados. Si se filtra hay que hacerlo pasar á través de algodón en rama ó de tejidos á propósito.

Cuando el aceite tiene mucho color, se le puede quitar en parte haciéndolo pasar á través de una capa de carbón vegetal y arena.

Debe conservarse en sitios frescos, á una temperatura de 10 á 15 grados, fuera de la acción de la luz, del aire y de la humedad.

España é Italia son las naciones que más aceite de oliva producen, y este cultivo constituye para ellas una verdadera riqueza. Francia produce mucho menos, pero su aceite alcanza mayores precios porque lo elaboran mejor; un hectolitro de aceite francés vale algo más del doble que igual medida de aceite español; el aceite italiano vale más que el nuestro y menos que el francés.

Hay en España 1.266.863 hectáreas de terreno destinado al cultivo del olivo, repartidas en 33 provincias, siendo las más productoras las de Jaén, Córdoba y Sevilla. En el orden de producción vienen después de las naciones antes citadas, Portugal, el Norte de Africa y Grecia.

El olivo fué un árbol silvestre allá en la más remota antigüedad. Parece que, como la higuera, procede del Sur del Asia. No lo debieron conocer en la India, pues en el sanscrito no hay trazas de ninguna palabra que á este árbol se pueda referir. En cambio lo conocieron los armenios y los egipcios.

Para juzgar del tiempo que hace que se tiene memoria del olivo, basta recordar que las Sagradas Escrituras dicen que cuando Noé saltó del arca, después del diluvio, varias palomas, una de ellas volvió trayendo una rama de olivo en el pico.

Las momias de los sepulcros egipcios presentan coronas de olivo. Los griegos y los romanos lo conocieron, así como también el aceite, y lo empleaban para friccionarse el cuerpo.

Se ha usado en todo tiempo para condimentar los alimentos, para el alumbrado y como medicina.

JUAN ANTÓN



LA MORSA

Era doña Teófila una señora de muy hermosos y blancos dientes, que siempre estaba martirizando con risas y chanzas, sin pizca de sal ni ingenio, á un naturalista conocido suyo, al cual invitaba en toda ocasión á que contara historias de animales, en las que le llamaba perito y maestro. Estando un día en una reunión, como se cansara el discípulo de Cuvier de las chanzas y risitas de la dama, reclamó silencio de su auditorio, y habló así:

—Trasládense ustedes con la imaginación á cualquiera de las tierras árticas, á la Groenlandia, por ejemplo. Allí vive un animal de fea catadura llamado morsa ó caballo marino. Tiene de cuatro á cinco metros de largo; su cuerpo es prolongado y grueso, su cuello corto, su cabeza no muy grande, en la cual fulguran los ojos pequeños y de pupilas redondas; su hocico se adorna con un mostacho de ásperos pelos, y de su mandíbula superior descienden dos grandes colmillos blancos y relucientes que le sirven para romper el hielo y para asirse á las escarpaduras de las rocas y trepar por ellas. Su piel es lisa y grasienta y tiene un tinte pardo, rojo, gris ó blanco, según la edad. Vive tranquilo este animal en bandadas numerosas alimentándose de cangrejos y langostas hasta que el hombre—el indígena de aquellos países tanto como el europeo—determina molestarle. Fijese bien, doña Teófila; hay barco europeo que se hace á la mar llevando á bordo hombres que abandonan, no ya su patria, su familia y su

hogar, sino el cielo azul, el sereno ambiente y la clara luz, para ir á hundirse en los tenebrosos mares glaciales donde la muerte los acecha con cien ojos. Tras muchos días de penosa navegación avistan á las morsas; pero ya no van en el barco, que tuvieron que dejar al amparo de un puerto natural porque los hielos impedían su marcha, van ateridos, desorientados y no muy bien comidos, en unos frágiles botes. Al punto rodean á las morsas y las atacan á hachazos. Enablada la lucha, los animales se defienden á la desesperada, hierven las aguas con los movimientos de sus grandes cuerpos y, haciendo cara á sus enemigos, se lanzan rabiosas contra los botes á cuyos bordes se aferran con los colmillos. Sucede muchas veces, doña Teófila, que algún bote se tuerce y unos desgraciados caen al agua para no levantarse más. Al fin, tras una temporada de penalidades, termina la caza. Los indígenas cargan con los cuerpos de las morsas muertas, que á veces ascienden á millares, para cubrir con sus pieles sus chozas y canoas, para hacer con sus nervios y tendones hilos y cuerdas, y para extraer de ellas el aceite que arderá en sus lámparas. Los europeos tornan mar adelante á sus lares y, á cambio de sus penalidades, de sus trabajos y de sus compañeros muertos, traen unos millares de colmillos, que ¿sabe usted, doña Teófila, para lo que sirven...?

La burlona dama movió la cabeza en ademán negativo y se sonrió, mostrando sus dientes iguales y blancos como perlas.

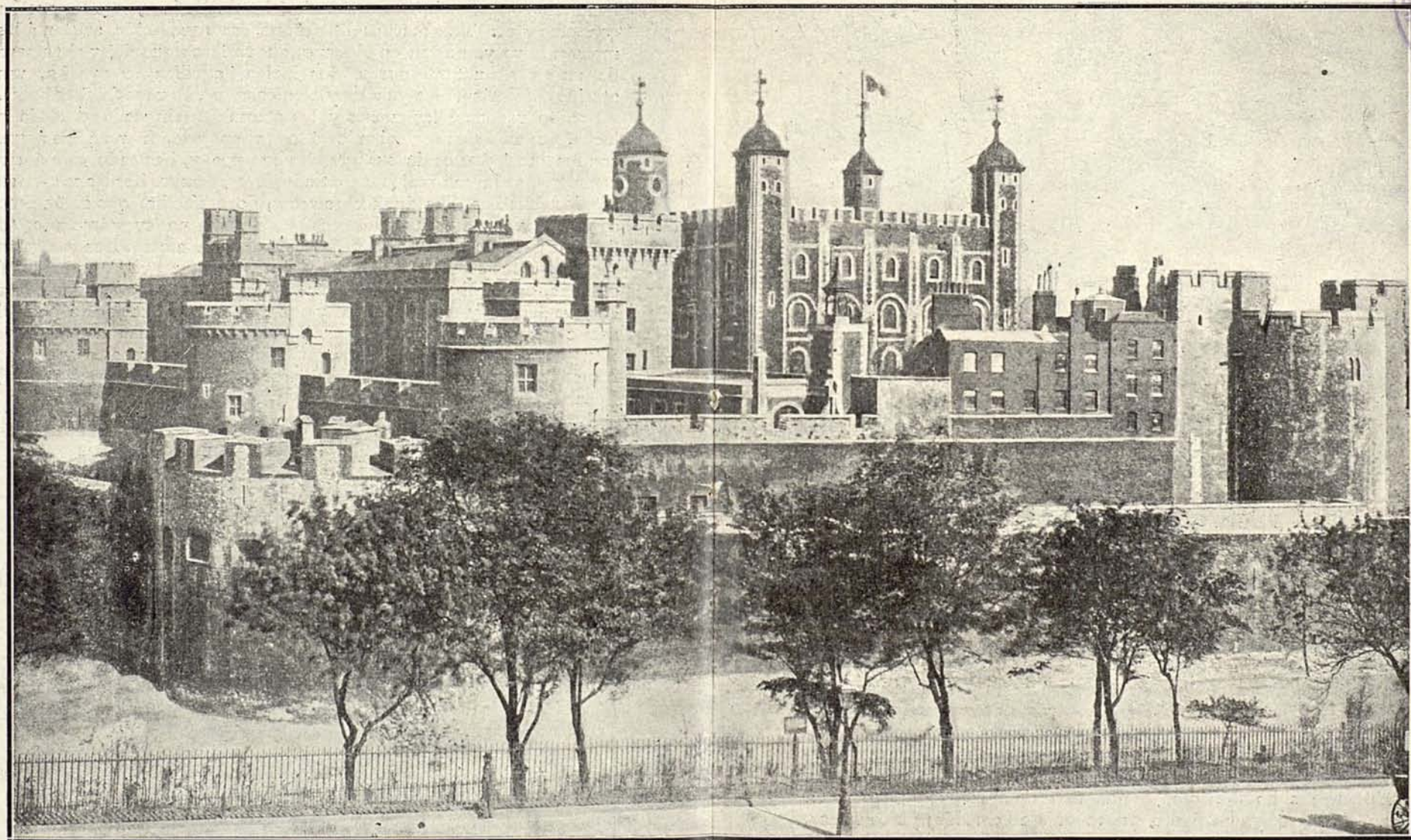
—Pues sirven—continuó el narrador—para dar dientes finos, me-



nudos y marfilenos á las encías que los perdieron. Así es que hay quien ríe á costa de la vida de sus semejantes...

Doña Teófila apretó convulsos los labios y es fama que no volvió á atormentar al naturalista, del que no dice la historia cómo pudo enterarse de que eran postizos los dientes de la dama...

José A. LUENGO.



LA TORRE DE LONDRES

Con este nombre se conoce la antigua ciudadela de Londres, á la orilla del Támesis, al E. de la City. Fué sucesivamente palacio Real, prisión de Estado, arsenal y fortaleza. Forma una especie de pentágono de cinco hectáreas, defendido por dos recintos que rodea un foso. Tiene cuatro puertas: de Hierro, del Agua, de los Traidores y de los Leones. Son dignas de mención la torre Blanca, construída en 1078 por Guillermo el *Conquis-*

tador, que domina todo el conjunto; la Sangrienta, donde se dice que perecieron los hijos de Eduardo; la de la Campana, donde Isabel estuvo presa; la Bowyer, donde pereció ahogado el duque de Clarence, y la Wakefield, donde fué asesinado Enrique VI. En el cementerio yacen los restos de Ana Bolena, Catalina Howard, Juana Grey y el conde de Essex.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXVI

Jesús, y qué enfadada se puso la cocinera! Dió unos cuantos cachetes á *Sultán*, y yo creo que se la pasaron muchas ganas de dármelos á mí también. El pobre perro me miraba muy triste y yo empecé á lloriquear.

—Calla, *Sultán*—le dije acariciándole.—No se lo digas á nadie. Tienes razón, muchísima razón al enfadarte, y si quieres, te permito que me tires un mordisco chiquitín. Tú te has llevade los cachetes, ¡pobre chuchó!, y tienes menos culpa que yo, porque no has hecho más que imitarme. Mira, *Sultán*, si me perdonas, te prometo regalarte la parte de *chantilly* que me den á mí; y además, de las chuletas mías, no te daré sólo el hueso, sino que te dejaré un poquito de carne. ¿No me guardas rencor, verdad, *Sultán*? Acuérdate de que yo te he hecho un *frac* y unas fundas magníficas, con cascabeles y todo, para las orejas. Creo que serás generoso y no te volverás á acordar de estos cachetes que te llevaste por mi culpa. Los perros deben tener buenos sentimientos; si no lo haces, es que tienes un corazón de perro... Bueno, de perro, ya me figuro que tendrás el corazón; pero, vamos, de perro bueno.

Y el chuchó me oía, sí, señores, porque estaba sentado sobre sus piernas y me miraba muy fijo, muy fijo, y movía las orejas y el rabo, y cuando concluí mi discurso y le dije:

—¡Aquí, *Sultán*, dame un beso y seamos amigos...!

¡Qué rísa! Se vino corriendo á lamerme la cara con la misma prisa que si la hubiese tenido también de *chantilly*.

Yo me quedé tranquila y la pedí á la cocinera que arreglase un poquito las señales de los dos lametones para que no lo conociesen en la mesa, y no lo conocieron. Pero ¡si serán listos los perros! *Sultán* se vino á mi lado aquel día, y no me quitaba ojo; se conoce que para recordarme mi promesa. Y la cumplí. ¡Pues no faltaba más! Con mucho disimulo, le di dos huesos de chuletas con carne; y cuando llegó mi dulce, ¡qué compromiso!, no sabía como hacer para dárselo entero al perro. Así es que de pronto, puse el plato á *Sultán*, y dije:

—No tengo gana de dulce, mamá, y quiero obsequiar al pobre perro que no lo come nunca.

—¡Uy!—exclamó mi hermano, el que es amo del perro.—¿Qué barrabasada habrá hecho *Piluca* á mi *Sultán*, cuando tan fina está con él?

—¿Te importa mucho?—le contesté.—¿O es que quieres que te tire algo?

—Dispensa dulce *Piluca*—dijo con mucha guasita.

—Pues déjame en paz, y no te metas en mis postres ni en los del perro.

Y nadie ha sabido nada de aquello; algunas veces pregunto al *Sultán*:

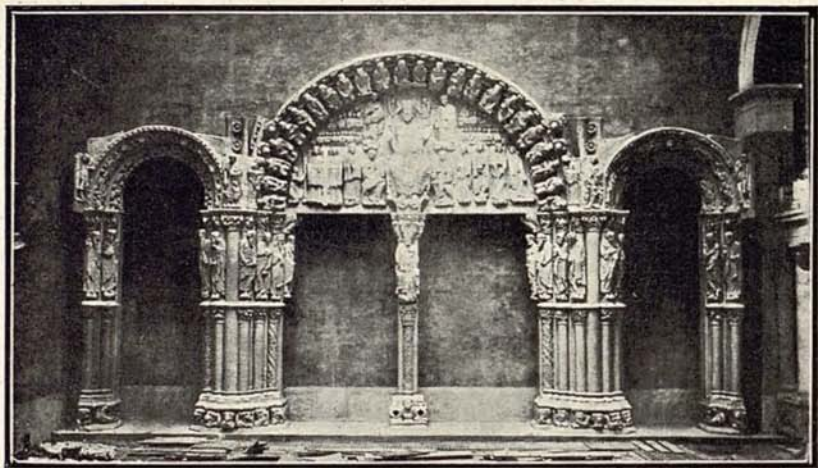
—¿Te callas porque eres perro ó porque eres bueno?

No sé; *Luisito* me ha dicho muchas veces que á lo mejor son más buenos los perros que las personas. Le tengo que preguntar por qué dice eso.

Bien; ahora otra cosa. Tengo la mar de preocupaciones; *hay viruelas en casa*; se me han puesto malos los dos niños: *Baby* y el chiquitín de la casa... de la casa de muñecas. Como es natural, á éste le he bajado de la sillita y le he puesto en la cuna, y su mamá ha dejado de tocar el piano y se ha sentado junto al enfermito. A *Baby* le metí en su cama. Y ahora me alegro tener bastantes sábanas hechas, porque digo yo que me ensuciará mucha ropa; y los bolsillos que tienen las sábanas, también resultan muy bien, porque allí guardo el pañuelo de *Baby* y las medicinas, para que no se me olvide dárselas. Yo quería llamar á *Luisito* para que hiciese de médico y curase á los niños; pero me ha dicho la *miss* que ella entiende muy bien de viruelas, y que entre ella y yo los pondremos buenos, y que si hace falta algo, el ama seca nos ayudaría, porque asistió á mi hermanito pequeño cuando las tuvo. ¡Les digo á ustedes que *no se vive con los hijos!* Tienen razón mamá.

MARIA A. OSSORIO Y GALLARDO





EL FAMOSO PÓRTICO DE LA GLORIA

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Durante los periodos belicosos de nuestra Historia, especialmente en la epopeya de la Reconquista, el Apóstol Santiago, patrón de España, fué el emblema de la victoria. En la Edad Media eran infinitas las peregrinaciones á Compostela, donde se halla su sepulcro. «Pero si el decaimiento de la tradición—dice una ilustre escritora—ha deslucido las peregrinaciones á Santiago, en cambio sus espléndidos monumentos van siendo cada día más conocidos y celebrados.»

La Basílica, que es el principal de todos ellos, fué en su primitiva época y antes de las restauraciones, de estilo románico, con influencias del bizantino. A esa época corresponde la hermosa fachada que se llama *de Platerías*, porque desde tiempo inmemorial se hallan á su lado las tiendas de los plateros que labran primorosamente la filigrana.

Pero el modelo más acabado y más hermoso del estilo románico, lo constituye el famoso pórtico *de la Gloria*, obra del maestro Mateo, oscuro arquitecto de D. Fernando II de León. De este monumento dice la citada escritora: «Mientras en otros del románico, de ese estilo sencillo, simpático y rudo, se advierten las huellas de esa rudeza, graciosa quizá, en *la Gloria* se nota, dominando lo convencional del estilo y el poder del medio ambiente en que el estilo se formó; una inspiración directísima de la Naturaleza y un dominio de la técnica que no habrá tenido en mayor grado ningún artista; por lo cual las efigies de bienaventurados, evangelistas, profetas y apóstoles se asemejan, en su terreno, á los mejores modelos de la estatuaria griega y alientan y respiran en la atmósfera de la verdad y la naturalidad más exquisita y noble.»

Con gran solemnidad se celebra todos los años la fiesta de Santiago de Compostela, el 25 de Julio; pero cuando la festividad del Santo patrón de España cae en domingo, tiene lugar el llamado *Año Santo*. Por concesión especial del Papa Calixto II, que era muy devoto del Apóstol, y por bula de Alejandro III, posee la catedral de Santiago privilegios tan extraordinarios que no reúne ninguna iglesia de



VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE SANTIAGO

Roma ni de Jerusalén. Confesando, comulgando y ejecutando la piadosa ceremonia de atravesar la puerta de los Perdones ó puerta Santa se obtienen todas las gracias atribuídas al Jubileo romano.

Ayuntamiento de Madrid



ARRESTO DEL PRINCIPE DE ASTURIAS

Un día el rey Carlos IV encontró sobre su pupitre un anónimo en que le denunciaban que en el cuarto del Príncipe heredero se tramaba una conspiración en que corría peligro la corona y la Reina podía ser sacrificada. Los criados del Príncipe hablaban también con gran desenvoltura hasta de cartas que aquél recibía en secreto, por lo cual los Reyes entraron en sospechas, y determinó Carlos IV visitar su habitación y recoger los papeles que encontrase. Con pretexto de regalarle un tomo de versos, entró el Monarca, y vista la turbación y zozobra del Príncipe, confirmaron la sospecha, y el Rey recogió los papeles y dejó al Príncipe arrestado en su cuarto sin recibir á persona alguna.

Ayuntamiento de Madrid

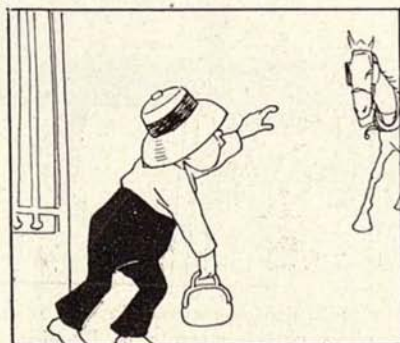
LOS PRIMEROS PANTALONES



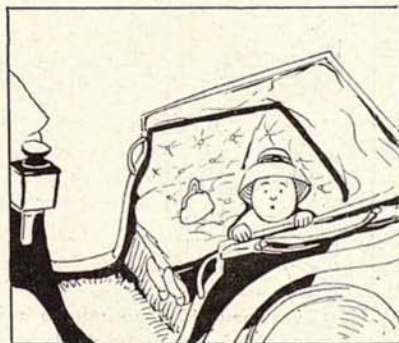
Al ponerse los primeros pantalones, Joaquinito se puso muy contento, creyéndose todo un hombre.



Su primera medida fué advertir á la servidumbre que en adelante no volverán á llamarle por el diminutivo *Quinito*.



Y resuelto á darle una sorpresa á papá, cogió una *maleta*, y salió sin ser visto por la puerta del jardín.



Tomó un *pesetero* y se dirigió á la estación; ya podía ir solo como un señor y no necesitaba de nadie...



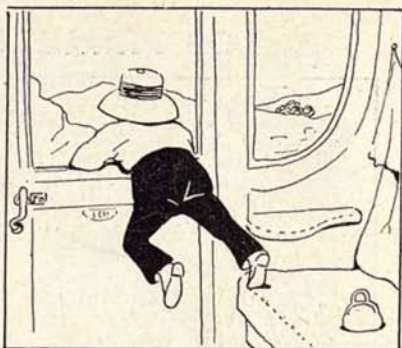
Se metió resueltamente en un departamento del *rápido*, y se acomodó con su *equipaje* junto á la ventanilla.



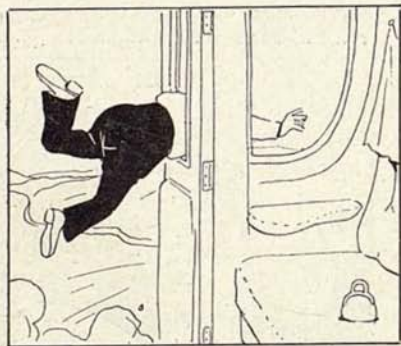
¡Qué alegría cuando ya en marcha vió cómo corrían las casas, los campos... hasta los árboles!



De pronto se llevo un susto ma-yúsculo; todo se puso negro... no se acordaba que había túneles.



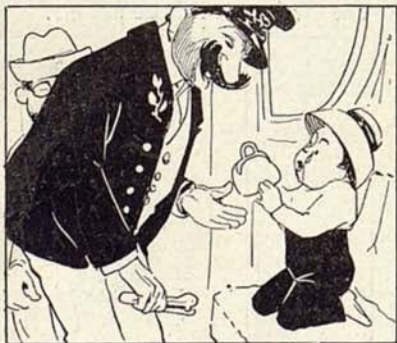
«¡Bah!, dijo al ver de nuevo la luz, los hombres con *pantalón hasta los pies* no se asustan», y se asomó de nuevo...



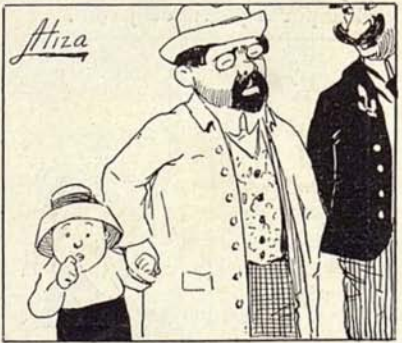
Esta vez ocurrió algo mucho más grave: se abrió con violencia la portezuela y...



¡Oh pantalón prodigioso! Por él le salvó milagrosamente la Providencia en persona de *revisor*...



Nuevo apuro... Ya no sabía qué era peor; si el túnel, la portezuela ó ir á la cárcel por no tener billete.



Y gracias á que un amigo de papá le sacó de aquel trance, que si no, á pesar de *llevar pantalón largo como un hombre*...